

Mario Osses

Noticiario

«HIJO DE LADRÓN», de *Manuel Rojas*, Editorial Nascimento, 1951.

Por el título de la obra y las trapazas más o menos habituales de ciertos personajes, cualquiera se siente inclinado a considerar «Hijo de Ladrón» como pimpollo de la picaresca en América.

El género de «El Lazarillo de Tormes» es, desde luego, irresucitable, porque se dió en cacumen de idiosincrasia barroca. Al igual del teatro mismo del pueblo, lo fraguaron españoles, entre españoles, para fundamentalmente españoles; sólo su flor puede tolerarse entre gentes de sensibilidad contemporánea, y es común que la desconozcan o la nieguen hasta individuos que suelen atalayar con justicia las excelencias de la literatura universal. Ni faltan quienes la resisten, y entonces la picaresca produce perturbaciones como los grupos sanguíneos disímiles que se administran en forma inconsulta: tal su energía a menudo estridente, cuyo perfil ahorraremos, dado que el balance de sus características se halla en libros de texto para principiantes.

«Hijo de Ladrón» es por asunto, plan y forma, novela de alta categoría.

La pericia técnica de Manuel Rojas empieza por la elegante desmaña de la textura. A poco el lector va ingresando en zonas tenues y movedizas en que alternan variedades de recursos expresivos, desde los claros y directos a los compactos y subconscientes. La unidad es asordinada y hasta ilógica, y se sostiene sólo a través del protagonista, quien relata su asendereada vida en primera persona y logra crear aire vagabundo tan poderoso como el de Gorki, Hamsum o Panait Istrati. Hay soterrados cursos, perdidos hilos que se retoman, densos reflujos episódicos, seres y situaciones que se recuperan, todo como a través de calidoscopio vivencial sacudido con mano suave y sabia.

Porque, eso sí, este libro tiene como habitante sustantivo a la poesía. El arte de Rojas elimina la caricatura y acrece lo pequeño significativo hasta sus lindes magistrales. Hay insistencias de madurez tan aguda que provocan, orgánicamente, como aquella de la herida, en que se va «cayendo desde la piel al alma», y donde los períodos dejan abiertos los paréntesis y la voluptuosidad del sondeo se resuelve en climax o radiaciones vigorosas. Por veces la introyección en personajes depara la novedad de un estudio de psicología objetiva realizado desde dentro, con monodialogos que recuerdan las subconfidencias de asociación libre en James Joyce, si no se hallaran podados de irracionalismo.

El hijo de ladrón relata las vicisitudes propias y las de pintoresca fauna circundante. Lo hace con absoluta, limpia naturalidad vital, de suerte que no asombra la respetabilidad de oficios habitualmente consi-

derados inmorales. El padre tiene rara competencia profesional, es casi un maestro enamorado del menester y hecho a sus gajes y contingencias, que jamás son parte a disminuir la decidida vocación. Sustenta hogar honorabilísimo y atesora amistades que le socorren en la adversidad o a quienes él propio socorre con solicitud inverosímil y franco desprecio por el peligro de su integridad personal y aun familiar.

¿Qué falta en este hombre para constituirlo en arquetipo de convivencia, si hasta es marido afectuoso? He ahí el problema, similar al de tanto inadaptado como pulula en este nuevo libro del autor de «Lanchas en la Bahía».

Algo está claro, y lo hemos sabido siempre.

Valores morales anidan en todos los pasares y en comunidades de todas las categorías, porque si ellos son en sí mismos absolutos, los objetos o bienes a que se incorporan tienen relatividad histórica más o menos discutible. Al proyectarnos vidas marginales de la ley, Manuel Rojas espiga en lo que tienen de digno y nos hace simpatizar con ellas, para lo cual acopia infatigablemente recursos: sobresalen las construcciones compuestas que—al modo de los términos metafísicos de los alemanes—apuñan conceptos precisos y novedosos. Más aún. Rojas hace gala de grafismo expresivo originalísimo en sus aciertos cuando emplea la técnica impresionista en descripciones y retratos, y hasta cuando en los últimos transfiere el plano de la psicología zoológica a la humana. Sus comparaciones son entonces rápidas y de inmediato felices; van desde el rasgo a la estructura y hasta desde el apodo a la raíz personal.

Cierto que sus vagabundos son por lo común resabidos, pero no debe ser de otra manera, supuesto que

no son vulgares. Además, nos hallamos a unas cuantas brazadas del presunto realismo, y decimos presunto, porque este vocablo no se acomoda a verdad. El realismo literario no pasa de ser ficción paradójica. Escritores de la calidad del creador de «El Delincuente» e «Hijo de Ladrón» prefieren ceder a todas las instancias anímicas, optan por darle a la conciencia alerta lo que le pertenece y al sueño lo que es del sueño. La realidad en esencias y en apariencias es multitudinaria y dispar.

Rojas lo sugiere con sagaces procedimientos, sin que sea uno de los menos importantes el uso del paréntesis múltiple y sin clausura. Agreguemos la inserción de capítulos en cursiva, como en aquellas digresiones líricas del protagonista de «Victoria» de Knut Hamsun; pero en especial exaltemos las disimilitudes de estilo, en que alternan períodos breves y largos, la expresión por veces rotunda y bruta junto a la fina y atenuada. Si no olvidamos ni echamos en saco roto la sugestión que ejerce en oportunidades el ascetismo del discurso que diseña las experiencias en esbozo y en escorzo frente a las asociaciones de sopetón, dislocadas y reverberantes, impuestas sin introito oficial, tenemos que reconocer en nuestro libro diversas temperaturas que lo enriquecen con inmoderada largueza.

No menos acertados son en Manuel Rojas el pudor sentimental con que promueve erotismo, la sobriedad en su insinuación cuasi quijotesca y la fuerza culinaria—digna de un de Rokha o de un Neruda—con que acomete las elementalidades. Rómpanse en instantes la ecuanimidad sobria, y suceden las voces sincopadas, como a empellones, donde no escasean epítetos de prosapia original y sustantiva: con ello el estilo deviene preñado y móvil, al paso que el lector tiene que em

peñarse en esa fruición de la relectura, tan escasamente determinada por la prosa sudamericana.

«Hijo de Ladrón» importa elogio del ocio contemplativo que el clásico ha exaltado siempre. Palpita en Rojas aquello de «¿Será que me desvivo de la vida viviendo?» En nuestra civilización, como nunca, las formalidades derrotan a las vitalidades, el funcionario «tragacertificados» vence al poeta desasido y anti-conventional envenenándole el aire... Los papeles, las obligaciones y contratos sustituyen cada vez más a la persona; la estadística significa más que la carne y el pensamiento, y notarial electoralmente cuentan por parejo el imbécil y el genio... Bueno, puede significar más el último, siempre que esté en el catastro...

«LA VIDA SIMPLEMENTE», de *Oscar Castro*. Editorial Nascimento, 1951.

La cuarta obra póstuma del escritor rancagüino y —en nuestro concepto— la de mayor calidad.

Castro es prosista a las derechas. En este libro, que pudiera considerarse novela doble, la fluidez es imponderable.

La Primera Parte es *La Casa del Farol Azul*. Epopeya del prostíbulo provinciano, donde las asiladas bajo el gobierno prócer de la patrona emprenden la «educación» del protagonista hasta la pubertad, como para que los pedagogos oficiales modifiquen el criterio optimista acerca de la función exclusivamente rectora de la escuela.

Convence.

La proyección del medio pelo a través de las confidencias de la gobernante, nos evoca aciertos del au-